

bia Dupaty á Mr. Alluand;—yo mismo le he buscado causas de empeño para que principie á ejercer; no le falta sino tiempo, y algun dia adquirirá mucha gloria en el foro. Ayudadle á proveer á sus más urgentes necesidades; aún no tiene traje de etiqueta; he escrito á su tio excitando su generosidad para que le regale uno, y me prometo conseguirlo. En cuanto á todo lo demas, descansad en mí y confiad en el interes que me inspiran sus infortunios y su talento.»

Pronto justificó Vergniaud los presagios de su ilustrado amigo; pronto adquirió al lado de Dupaty las virtudes austeras de la antigüedad, así como las formas majestuosas del foro romano. Se conocia al ciudadano en el abogado, y el hombre honrado daba autoridad y conciencia á la palabra. No teniendo apénas con qué sostenerse con los primeros honorarios que cobró, tuvo que deshacerse de la corta herencia que tenia de su madre para pagar con su importe las deudas contraidas por su difunto padre, rescatando de esta suerte el honor de su memoria con todo lo que poseia, y llegando á Paris casi indigente. Boyer-Fonfrede y Ducos, de Burdeos, amigos suyos, le dieron mesa y habitacion. Vergniaud descuidaba los medios de adquirir, como todo hombre que tiene la conciencia de su propia fuerza interior, y trabajaba poco, fiado en la suerte y en su naturaleza. Su carácter indolente se complacia en dormir y en abandonarse á la negligencia propia de la edad y del hombre de talento. Era necesario moverle para que despertase de sus goces de jóven y empujarlo á la tribuna ó al consejo; para él, así como para los orientales, no habia punto de transicion entre la ociosidad y el heroísmo; la accion le hacía elevarse, pero se cansaba pronto, y recaía de nuevo en los perezosos ensueños del hombre de talento.

Brissot, Guadet y Gensonné le presentaron en casa de madama Roland, que no le halló ni muy viril ni muy ambicioso, vistas las grandes facultades que le acompañaban. Sus costumbres meridionales, sus gustos literarios y su inclinacion hácia otras bellezas ménos dominantes le hacian frecuentar la sociedad de una actriz del Teatro Frances, llamada madama Simon-Candaille, para la cual escribió bajo nombre supuesto algunas escenas del entónces célebre drama titulado *La belle fermiere* (la linda arrendadora). Aquella jóven, á la vez poetisa, escritora y cómica, desplegaba en este drama todos los encantos de su alma, de su talento y de su hermosura. Embriagábase Vergniaud en esta vida artística, musical, de declamacion y de placeres, apresurándose á gozar de su juventud como si presintiese lo poco que habia de durarle. Su carácter era meditabundo, y perezosos sus hábitos. Levantábase al mediodía, escribía unas cuantas cuartillas, siempre sobre la rodilla como si estuviese muy ocupado y tuviese que aprovechar el tiempo. Sus discursos los componia en los ratos de cavilacion y los retenia en la memoria con el auxilio de notas; su memoria los iba limando á su gusto para darles elocuencia, á la manera que el soldado limpia su armamento en los ratos desocupados; porque este hombre era de tal naturaleza, que no se contentaba con que sus golpes fuesen mortales, sino que, tan celoso del mérito oratorio como de la política, queria ademias que todo lo que saliese de su boca fuese brillante y magnífico. Una vez dado el golpe, dejaba la réplica á la suerte y se abandonaba de nuevo á la inercia. No era este hombre el de todos los momentos, sino solamente el de las grandes ocasiones.

Era Vergniaud de mediana estatura, pero robusto y bien formado. Unido al aplomo de la estatua del orador, se notaba en él algo del atleta de la palabra. Su

nariz era corta, algo ancha y de ventanillas muy abiertas, indicio claro de altivez; tenia los labios gruesos y muy pronunciados, indicando que habian sido modelados para arrojar la palabra á torrentes, cual lo están los del triton para dar salida á un gran surtidor; sus ojos negros y llenos de fuego parecia que querian saltarse de sus órbitas por debajo de sus bien pobladas cejas; su frente espaciosa y achatada tenia la finura del espejo, y en ella se reflejaba la inteligencia; su cabello castaño ondulaba al menor movimiento de su cabeza, cual le sucedia á Mirabeau; su rostro marcado por las viruelas era semejante al mármol desgarrado por el cincel, y su color pálido tenia la lividez de las emociones profundas. En su estado normal no se hubiera distinguido á este hombre entre la multitud, y hubiese pasado confundido entre las demas gentes, sin llamar la atencion ni fijar las miradas de nadie; pero cuando su alma se dibujaba en su fisonomía, así como se dibuja la luz sobre un busto, el conjunto de su aspecto tenia la expresion del idealismo y el esplendor y la belleza que no se hallaban en ninguna de sus facciones en particular. La elocuencia iluminaba su rostro, y los músculos palpitantes de sus cejas, de sus sienes y de sus labios se modelaban en su pensamiento, confundiéndose éste con su fisonomía: era la transfiguracion del genio. La luz de Vergniaud era la palabra; el pedestal de su belleza, la tribuna: cuando bajaba de ella desaparecia aquella especie de divinidad, y el orador no era más que un hombre como otro cualquiera.

Este es el retrato exacto del célebre patriota que subió el 3 de Julio á la tribuna de la Asamblea nacional, y que con la actitud de la consternacion y de la ira se recogió por un momento en su imaginacion, tapándose los ojos con las manos ántes de empezar á hablar. Lo trémulo de su voz al pronunciar las primeras palabras, su acento grave, áspero y mucho más profundo que de ordinario, unido á su aspecto abatido y á la energía triste y concentrada de su fisonomía, indicaban á las claras la lucha interior de una resolucion desesperada, predisponiendo á la Asamblea á una emocion grande y siniestra como la fisonomía del orador. Era éste uno de aquellos dias en que todo se espera, y en los que nadie se admira de cuanto puede acontecer.

III

«¿Cuál es, pues,—dijo Vergniaud,—la extraña situacion en que hoy se encuentra la Asamblea nacional? ¿Qué terrible fatalidad es la que nos persigue y que, señalando cada dia con nuevos acontecimientos é introduciendo el desórden en nuestros ordinarios trabajos, nos impulsa sin cesar hácia la agitacion tumultuosa de los temores, de las esperanzas y de la inquietud de las pasiones? ¿Qué destino prepara á Francia esta terrible efervescencia, en cuyo seno casi llega á dudarse si la revolucion retrograda ó se adelanta hácia su término? En cuanto nuestros ejércitos del Norte parece que progresan en Bélgica, los vemos replegarse ante el enemigo; tráese la guerra á nuestro territorio, y á los desgraciados belgas no les queda ya de nosotros sino el fatal recuerdo del incendio que ha alumbrado nuestra retirada. Por la parte del Rhin van llegando cada dia nuevas tropas prusianas, que se escalonan como les place sobre nuestras desmanteladas fronteras. ¿Y cómo se explica que precisamente en el momento de una crisis tan decisiva para la salud de la patria, se paralice el movimiento de nuestros ejércitos, y por una desorganizacion

súbita del ministerio, se rompan los lazos de la confianza y se entregue á la casualidad y á manos inexpertas la salvacion del imperio? ¿Será cierto que se teme que triunfemos? ¿Qué sangre es la que se trata aquí de economizar, la del ejército de Coblenza ó la del nuestro? Si el fanatismo de los sacerdotes amenaza entregarnos á la vez á los horrores de la guerra civil y á la invasion, ¿cuál es, pues, la intencion de los que hacen rechazar con invencible tenacidad la sancion de nuestros decretos? ¿Quieren acaso reinar en pueblos enteramente desiertos y sobre campos devastados? ¿A cuánto asciende la cantidad de lágrimas, de miserias, de asesinatos y de horrores que necesitan para saciar su venganza? ¿En dónde estamos, en fin? Y vosotros, señores, cuyo valor se lisonjean haber hecho vacilar los enemigos de nuestra Constitucion; vosotros, cuya conciencia y probidad se trata de alarmar cada dia, calificando vuestro amor á la libertad de espíritu de partido, ¿habeis olvidado acaso que una corte déspota y los cobardes héroes de la aristocracia han dado el nombre de facciosos á los representantes que fueron á prestar el juramento en el Juego de Pelota, á los vencedores de la Bastilla, y á todos los que han hecho y sostenido la revolucion? Vosotros, á quienes se calumnia porque sois extraños á la raza que la Constitucion ha confundido en el polvo, y porque los hombres degradados que sienten tener que prosternarse ante ella no confian en que querais ser cómplices suyos para derribarla (*Aplausos*); vosotros, á quienes se quisiera separar del pueblo, porque los que lo intentan saben que el pueblo es vuestro apoyo, y que si por una culpable desercion abandonáseis su causa, mereceriais que aquél tambien os abandonase y no sintiese el disolveros; vosotros, á quienes se ha tratado de dividir, pero que trasladareis para despues de la guerra vuestras divisiones, y que no hallais tan dulce el aborreceros, que prefirais este goce infernal á la salud de la patria; vosotros, á quienes se ha querido asustar con peticiones armadas, como si no supiéseis que al principio de la revolucion el santuario de la libertad se vió rodeado de los satélites del despotismo, Paris sitiado por el ejército de la corte, y que estos dias de peligro fueron los más gloriosos de nuestra Asamblea; vosotros todos, quienquiera que seais, oid atentamente lo que tengo que deciros sobre el estado de crisis en que nos hallamos. Estos disturbios interiores reconocen dos causas: primera, los manejos é intrigas aristócratas; segunda, las maquinaciones del clero. Ambas tienden á un mismo objeto: la contrarevolucion.

»El rey ha negado su sancion á vuestro decreto sobre los disturbios religiosos. Yo no sé si los sombríos genios de los Médicis y del cardenal de Lorena andan aún errantes bajo las bóvedas del palacio de las Tullerías, ni si el corazon del rey está dominado por las ideas fanáticas que le sugieren; pero no es permitido creer, sin injuriarle y sin acusarle de ser el enemigo más peligroso de la revolucion, que quiera animar con la impunidad las tentativas criminales de la ambicion sacerdotal y devolver á los orgullosos soportes (1) de la tiara el poderío con que han oprimido á los pueblos y á los reyes. Tampoco es permitido creer, sin hacerle agravio y sin acusarle de ser el más cruel enemigo del imperio, que se complazca en perpetuar las sediciones y en eternizar los desórdenes que precipitarian su ruina, conduciéndole á la guerra civil; por lo cual concluyo que, si resiste á vuestros decre-

(1) Término heráldico con el que se designan las figuras de animales que sostienen los escudos de armas.

tos, es porque se considera bastante fuerte por sí mismo para no necesitar los medios que vosotros le ofreceis para mantener la tranquilidad pública. Si acontece que ésta no pueda mantenerse, que la tea del fanatismo amenace aún incendiar el reino, y que las violencias religiosas asolen todavía nuestros departamentos, sin duda que todo esto consiste en que los agentes de la autoridad real son la causa de todos nuestros males. Pues bien, que respondan con su cabeza de todas las sediciones cuyo pretexto sea la religion. Mostrad en esta responsabilidad terrible el término de vuestra paciencia, y calmad de esta suerte las inquietudes alarmantes en que se halla la nacion. Vuestra solicitud por la seguridad exterior del imperio os ha hecho decretar la formacion de un campo militar en las inmediaciones de



Guadet besando al Delfín.—Pág. 424.

Paris: todos los federados de Francia deben acudir aquí el 14 de Julio á repetir el juramento de vivir libres ó morir. El aliento emponzoñado de la calumnia ha marchitado este proyecto, y el rey se ha negado á sancionarlo. Yo respeto demasiado el ejercicio de un derecho constitucional para proponeros que hagais responsables á los ministros de esta negativa; pero si llegase á suceder que el suelo de la libertad se viese profanado ántes de la llegada de los batallones, vosotros debeis tratarlos como traidores, y necesario será precipitarlos en el abismo que su incuria ó su maldad haya abierto bajo los pasos de la libertad. Rompamos, en fin, la venda que la intriga y la adulacion han puesto en los ojos del rey, y mostrémosle el término á que unos amigos pérfidos se esfuerzan por conducirlo. En nombre del rey, unos príncipes franceses sublevan contra nosotros las cortes europeas; por vengar la dignidad real, se ha concluido el tratado de Pilnitz; por defender al rey, acuden á Alemania á alistarse en las banderas de la rebelion las antiguas compañías de guardias de corps; por acudir en socorro del rey, se alistán los emigrados en los ejércitos austriacos y se preparan á desgarrar el seno de la patria; por unirse á los

valientes paladines de la prerogativa real, es por lo que otros abandonan sus puestos en presencia del enemigo, hacen traicion á sus juramentos, roban las cajas, sobornan á los soldados, y fian su honor á la bajeza del perjurio, á la insubordinacion, al robo y al asesinato; en una palabra, no hay desastre posible en el que no se halle mezclado el nombre del rey.

»Ademas, yo leo en cierto artículo de la Constitucion lo siguiente: «Si el rey se pone á la cabeza de un ejército y dirige las fuerzas contra la nacion, ó si no se opone por un acto formal á una empresa semejante ejecutada en su nombre, se entiende que ha abdicado la corona». En vano sería que el rey respondiese: «Es verdad que los enemigos de la nacion tratan de hacer ver que no obran sino para realzar mi poder, pero yo he probado que no soy cómplice suyo: yo obedezco á la Constitucion, y he puesto tropas en campaña; verdad es que estas tropas son débiles, pero la Constitucion no designa la cantidad de fuerza que debo darles; verdad es que las he reunido demasiado tarde, pero la Constitucion no designa el tiempo en que debo reunirlos; verdad es que pudiera haberlas hecho sostener por unos campamentos de reserva, pero la Constitucion no me obliga á formar estos campamentos; verdad es que cuando los generales avanzaban en el territorio enemigo sin hallar resistencia, yo les mandé retirarse, pero la Constitucion no me prescribe conseguir la victoria; verdad es que mis ministros han engañado á la Asamblea nacional en cuanto al número, á la disposicion y al aprovisionamiento de las tropas, pero la Constitucion me da derecho de escoger los ministros, y no me ordena en ninguna parte que dispense mi confianza á los patriotas ni que no eche mano de los contrarrevolucionarios; verdad es, finalmente, que la contrarrevolucion se opera, que el despotismo va á poner en mis manos su cetro de hierro, que yo os destruiré, que tendreis que arrastraros en mi presencia, y que yo os castigaré por la insolencia de querer ser libres, pero todo esto lo haré constitucionalmente; aún no ha dimanado de mí ningun acto que la Constitucion condene. No os es permitido, pues, dudar de mi fidelidad hácia ella, ni de mi celo por defenderla». (*Vivos aplausos*).

»Si es posible, señores, que en las calamidades de una guerra funesta y en medio del desorden producido por un cambio contrarrevolucionario use el rey de los franceses este lenguaje irrisorio, si es posible que hable de su amor á la Constitucion con tan insultante ironía, tendríamos nosotros derecho para responderle: ¡Oh rey! que sin duda habeis creído, como el tirano Lisandro, que la verdad era de tan poco valor como la mentira, y que es necesario engañar á los hombres con juramentos, como se engaña á los niños con juguetes; que no habeis fingido amor á las leyes sino para conservar un poder que os sirve para insultarlas; que no habeis mantenido la Constitucion sino para que ella no os precipitase del trono en que os veis obligado á permanecer para destruirla; que no habeis tratado de alucinar á la nacion sino para asegurar el éxito de vuestras perfidias inspirándole confianza, ¿pensais acaso engañarnos hoy con hipócritas protestas? ¿Pensais alucinarnos sobre la causa de nuestras desgracias con artificiosas excusas y con audaces sofismas? ¿Es buen modo de defendernos oponer á los ejércitos extranjeros unas fuerzas cuya inferioridad no permite ni aún dudar de que han de ser derrotadas? ¿Es buen medio de defensa desechar los proyectos que tienden á fortificar el interior del reino y á hacer preparativos de resistencia para la época en que seamos presa de los

tiranos? ¿Es defendernos no reprimir á un general que infringe la Constitucion é inutiliza el valor de los que le sirven? ¿Es defendernos paralizar á cada paso la accion del gobierno por la desorganizacion continua del ministerio? ¿Os deja la Constitucion la eleccion de ministros para que hagais nuestra felicidad, ó para que labreis nuestra desdicha? ¿Os hace jefe del ejército para nuestra gloria ó para nuestro oprobio? ¿Os concede, en fin, el derecho de sancion, una lista civil y tantas prerogativas para que perdais constitucionalmente á la Constitucion y al imperio? No, no: hombre á quien la generosidad de los franceses no ha podido conmovier, hombre á quien únicamente ha podido hacer sensible el amor al despotismo, vos no habeis cumplido el voto de la Constitucion; ésta perecerá tal vez, pero vos no recogeréis el fruto de vuestro perjurio. No os habeis opuesto por un acto formal á las victorias que se consiguen en vuestro nombre sobre la libertad, pero tampoco recogeréis el fruto de tan indignos triunfos. Nada sois ya para esta Constitucion que habeis infringido tan indignamente, para este pueblo á quien tan cobardemente haceis traicion. (*Repetidos aplausos*).

»Como los hechos que acabo de exponer no están desnudos de alusiones muy directas respecto á ciertos actos del rey; como es cierto que los falsos amigos que le rodean están vendidos á los conjurados de Coblenza, y arden en deseos de perder al rey para trasladar la corona á las sienas de algunos de los jefes de sus complots; como importa á su seguridad personal, tanto como á la del imperio, que su proceder no sea reputado sospechoso, propongo que se le envíe un mensaje que le recuerde las verdades que acabo de exponer, demostrándole que la neutralidad que guarda entre la patria y Coblenza es una traicion para Francia.

»Pido ademas que declareis que la patria está en peligro. Vereis cómo á este grito de alarma se reunirán todos los ciudadanos, se cubrirá nuestro suelo de soldados y se renovarán aquellos prodigios que cubrieron de gloria á los pueblos de la antigua edad. ¿Los franceses regenerados del 89 han decaído acaso de su patriotismo? ¿No ha llegado ya el día en que se reúnan los que están en Roma con los que están sobre el monte Aventino? ¿Esperareis que, cansadas de las fatigas de la revolucion ó corrompidas por la costumbre de brillar en torno de un palacio, se habitúen las almas débiles á hablar de la libertad sin entusiasmo y de la esclavitud sin horror? ¿Qué lazo es el que se trata de tendernos? ¿Se quiere acaso restablecer el despótico mando militar? Se sospechan proyectos pérfidos en la corte, que hace correr la voz de movimientos militares, de proclamar la ley marcial, y de este modo se familiariza la imaginacion con la idea de ver correr la sangre del pueblo. El palacio del rey de los franceses se ha convertido de repente en una ciudadela. ¿En dónde están los enemigos contra quienes asesta sus cañones y se afilan sus bayonetas? Los amigos de la Constitucion han sido expulsados del ministerio, las riendas del imperio fluctúan á la casualidad, cuando para sostenerlas se necesita tanto vigor como patriotismo; por todas partes se fomenta la discordia, el fanatismo triunfa, y la connivencia del gobierno aumenta la audacia de las potencias extranjeras, que vomitan contra nosotros ejércitos y cadenas, y entibian las simpatías de los otros pueblos que hacen votos en secreto por el triunfo de la libertad. Las cohortes extranjeras se mueven, la intriga y la perfidia traman traiciones; el Cuerpo legislativo opone á estos complots unos decretos rigurosos, pero necesarios, y la mano del rey los rasga. Llegado es el momento de llamar á todos los franceses para

salvar la patria; mostradles el abismo en toda su inmensidad. Sólo por un esfuerzo extraordinario podrán salvarla. Vosotros debéis prepararlos para un movimiento eléctrico que haga lanzarse á todo el imperio en defensa de la libertad. Imitad á los espartanos de las Termópilas, ó á aquellos ancianos venerables del senado romano, que en los umbrales de las puertas de su casa aguardaron la muerte que unos feroces vencedores traían á su patria. No, no teneis necesidad de hacer votos para que renazcan vengadores de vuestras cenizas: el día en que vuestra sangre enrojeeza la tierra, la tiranía con todo su orgullo, con sus dorados palacios y con sus altivos protectores, desaparecerá para siempre ante la omnipotencia nacional y la ira del pueblo.»

IV

Este discurso, en que todos los peligros y calamidades de la época eran achacados tan artificiosamente sólo al rey, resonó en toda la patria cual si fuese el toque de generala del patriotismo: meditado ántes en casa de madama Roland, comentado en los Jacobinos, dirigido á todas las sociedades populares del reino y leído en las sesiones de todos los clubs, avivó en la nación entera todos los resentimientos que cada particular tenía contra la corte. En sus palabras estaba el 10 de Agosto. Una nación que había concebido semejantes sospechas y hecho tales amenazas á su rey, no podía ni obedecerle ni respetarle: la proclamación del peligro de la patria era en el fondo una declaración de traición contra el poder ejecutivo.

Brissot y Condorcet, en un discurso el uno, y el otro en un proyecto de mensaje al rey, desenvolvieron con ménos grandeza pero con más rencor estas consideraciones, envenenando la herida que el golpe de Vergniaud había hecho al trono.

Robespierre redactó en los Jacobinos un mensaje dirigido á los federados; en él, al mismo tiempo que hacía mención de los mismos peligros de que había hablado Vergniaud en su discurso, indicaba con anticipación al pueblo que muy en breve tendría que combatir á otros enemigos que los de la corte; con anticipación también infundía en las almas las sospechas y se ponía en salvo para cuando triunfasen los girondinos. «¡Salud á los franceses de los ochenta y tres departamentos! ¡Salud á los marseleses! ¡Salud —decía— á la patria poderosa é invencible que reúne á sus hijos en rededor suyo en los días de sus peligros y de sus fiestas! ¡Abramos nuestras casas á nuestros hermanos! Ciudadanos, ¿no habeis venido sino para celebrar una vana ceremonia al confederaros y para prestar juramentos superfluos? No, no; vosotros acudis al grito de la nación que os llama. Amenazados por la parte exterior del reino, engañados en el interior, estamos rodeados de unos jefes pérfidos que llevan nuestros ejércitos á la perdición; nuestros generales respetan el territorio austriaco é incendian los pueblos de nuestros hermanos los belgas; ese pérfido Lafayette, ese monstruo abominable ha venido á insultar cara á cara á la Asamblea nacional. ¡Cómo! Envilecida, amenazada y ultrajada, ¿puede existir aún? Tantos atentados han despertado en fin á la patria, y vosotros habeis respondido á su llamamiento. Huid de las caricias de ese hombre fatal, huid de sus banquetes, en donde se bebe el moderantismo y el olvido del deber; alimentad las sospechas que habeis concebido y no las separeis de vuestro corazón, porque la hora terrible va á sonar. Ved aquí el altar de la patria. ¿Consentireis que unos cobardes ídolos vengan á colocarse entre la libertad y vosotros

para usurpar á aquélla el culto que le es debido? No prestemos juramento sino á la patria, y eso en manos del *rey inmortal de la naturaleza*. Los perjuros de nuestros enemigos nos vuelven á llamar al Campo de Marte; en este sitio no podemos fijar nuestra planta en ninguna parte que no haya sido teñida en sangre inocente, derramada por esos hombres funestos de que os estoy hablando. Purificad este



Danton arengando á los grupos á la puerta de los Jacobinos.—Pág. 438.

suelo, vengad aquella sangre, y no salgais de este recinto hasta despues de haberos decidido de corazón á salvar la patria.»

V

Camilo Desmoulin y Chabot denunciaron también en los Jacobinos el proyecto de fuga del rey y la próxima llegada de Lafayette. «Pueblo, se abusa de tu credulidad,—dijo á su vez Danton;—nunca se transige con los tiranos: es indispensable que nuestros hermanos de los departamentos juren no separarse hasta tanto que los déspotas sean castigados por la ley ó se hayan refugiado en el extranjero. El derecho de petición no ha sido enterrado en el Campo de Marte con los cadáveres